

CHARLES EDMOND BOISSIER EN LA FERIA DE RONDA (1837)

José Alonso Riejos Ortega



*«El toreo queda, visto y entendido o creído:
visible un momento, invisible una eternidad»*
(José Bergamín, 1985: 17-18).



Desde 1993 no se celebran corridas de toros en la feria de mayo de Ronda. Se ha quebrado así una tradición más antigua que la propia plaza de toros de la Real Maestranza de Caballería (1785). El oficial británico Sir H. W. Dalrymple¹, que pasó por Ronda en 1774 durante un viaje que realizó ese mismo año por España y Portugal, confirma, en un escueto escrito, la existencia de dicha feria: «celebran allí todos los años, en el mes de mayo, una feria muy frecuentada». El 19 de mayo de 1785, durante la feria, se inauguró la actual plaza de toros, pero sabemos por Garrido Domínguez, que «anteriormente a este coso, está documentado que se celebraban [corridas de

¹ Sir Hew Whiteford Dalrymple (1750-1830) estaba destinado en 1774 en Gibraltar cuando decidió acometer un viaje por España y Portugal impulsado por el deseo de conocer los astilleros de El Ferrol que estaban considerados como los más importantes del Reino. Años después, llegaría a ser gobernador de El Peñón. El relato de su viaje fue publicado, por primera vez, en 1783 en forma de cartas traducidas al francés. Fue vertido al castellano y publicado en la colección de viajes de García Mercadal (1962: III, 646a-718b).

toros] en la Plaza del Pozo, donde *la Virgen de Gracia*, patrona de la Real Maestranza de Caballería, es decir, en la Plaza del Barrio de San Francisco vecindario de los Romeros. También [se corrían toros] en la plaza del Campillo, en la cornisa del Tajo y, muy probablemente con más reiteración, en la Plaza Mayor o del Ayuntamiento» (Garrido Domínguez, 1985: 42).

Por lo tanto, con más de dos siglos de tradición contaban, en 1993, las corridas de toros de la feria de mayo, con un universo de acontecimientos tan amplio como su propia historia, y con una fama que traspasaba las fronteras de nuestro país. En inglés, alemán o francés podían leerse recomendaciones sobre el interés de estas fiestas, no sólo en textos de índole informativo, como guías de viajes o literatura dirigida especialmente a viajeros, sino también, y como veremos más adelante, en publicaciones de carácter científico, como la del botánico Boissier al que dedicamos estas páginas.

La feria se mantiene como una tradición acrisolada, y así lo demuestran los numerosos testimonios de viajeros procedentes de diversos países europeos que recorrieron España a lo largo del siglo XIX. En sus relatos se hace referencia a las magníficas corridas rondeñas y al ambiente inigualable de esta bella ciudad serrana. Daremos un repaso a estas opiniones antes de reproducir la amplia descripción que, sobre la feria de Ronda, dejó escrita, en 1837, el botánico suizo Charles Edmond Boissier.

Richard Ford, por ejemplo, en su famoso *Manual para viajeros por Andalucía, Reino de Granada*, publicado por primera vez en Londres en 1845, recomienda vivamente la visita a la ya entonces famosa feria de Ronda. Allí, en efecto, escribe:

«La bella *Plaza de Toros*, construida de piedra, está en la ciudad nueva, cerca de la *Alameda* llena de rosas que cuelga sobre el vacilante precipicio; la vista desde esta eminencia sobre el abismo que se abre a



Fig. nº 33.— Antonio Ordóñez toreando la Corrida Goyesca de 1980. (Fot. de Salas. Apud.: Garrido, 1985: 87).

los pies de uno, y el panorama de las montañas, son de lo más bello del mundo entero. Las *Fiestas* son de primer orden. El edificio mismo y todas las celdas de los toros y los ingenios que se han instalado para

hacerles entrar y salir son dignos de examen. El 20 de mayo es el mejor día para ver Ronda, sus toros y sus *majos* en todo su esplendor. Esta es la gran feria del cuero, las sillas de montar, las polainas bordadas y los caballos, a la que acuden en sus monturas muchos destacamentos de soldados ingleses desde Gibraltar» (1980: 36) [Fig. nº 34].

También el viajero austriaco Moritz Willkomm en su libro *Las sierras de Granada*, publicado en Viena en 1882, nos describe unas fiestas muy populares y concurridas gracias al reciente tendido del ferrocarril:

«La antigua ciudad de Ronda, famosa en toda España por las buenas corridas que allí tienen lugar en mayo, durante los ocho días de la *Feria*, son las fiestas populares más grandes de Andalucía²; es justo por este motivo el destino de muchos viajeros, sobre todo ingleses. Hay en ella muchas fondas confortables de estilo europeo. Antes de que se construyera el ferrocarril de Córdoba a Málaga, los turistas estaban obligados a ir para allá en acémilas, bien desde Málaga atravesando la serranía, bien desde Gibraltar por el valle del Guadiaro» (1993: 273).

² No todos los autores están de acuerdo en considerar la feria de Ronda como la más popular y más concurrida de Andalucía. Por ejemplo, para Estébanez Calderón, la más famosa de la época era la de Mairena del Alcor, que serviría, posteriormente, de modelo para la de Sevilla, establecida en 1847 (Véase la descripción de "La Feria de Mairena" en Estébanez Calderón, Serafín (1985: 117-124).

Charles Davillier y Gustavo Doré en su fascinante *Viaje por España*, realizado en 1862, pasaron por Ronda en otoño y, aunque olvidaron mencionar la feria de mayo dejaron su impresión tanto dibujada, el uno, como escrita, el otro, del siguiente conmovedor suceso:

«Los jóvenes rondeños juegan al toro, lo mismo que nuestros hijos juegan a los soldados. Un día que bajábamos por la *mina* de Ronda³, una escalera, o, por



Fig. nº 34.— Vista de la Plaza de Toros de Ronda. (Apud.: postal).

decir mejor, un despeñadero cavado en la roca y que lleva a los molinos árabes, fuimos testigos de una escena de esa clase, pequeño cuadro de familia que no deja

³ En la época árabe se construyó un camino subterráneo, con más de trecientos escalones cavados en la roca, conectando el palacio del rey moro con el cauce del río Guadalevín. Servía, entre otras cosas, para abastecer a la ciudad de agua en los tiempos de asedio. Realizaban este duro trabajo prisioneros a los que se denominaban *zaques*. Esta galería descendente está dotada de varias estancias en su recorrido para distintos usos militares, entre otros el de calabozos.

nada que desear y que Doré se apresuró a fijar en su álbum. El padre estaba de rodillas, con la cabeza baja, en la posición del toro que va a lanzarse contra su adversario. Un chico de 8 años, en la posición de matador, tenía en la mano izquierda una chaqueta a modo de muleta y en la derecha un junco que le servía de espada. Otro chico, a caballo sobre su hermano, con un largo palo en la mano, parecía muy orgulloso de representar el papel de picador. Los vecinos que se habían acercado miraban la lidia como consumados aficionados, y nosotros, por nuestra parte, pedimos permiso para asistir a la corrida» (1988: 346-347) (Fig. nº 35).

La más extensa crónica sobre la feria de mayo la escribe el ginebrino Charles Edmond Boissier, en su libro *Voyage Botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837*⁴. Su viaje tiene como objetivo principal el estudio de la flora de la

⁴ París, 1839-1845, 2 vols. La traducción que aquí ofrecemos es de J. A. Riejos, el autor del presente artículo. Posteriormente a su redacción el prof. Titos, de la Universidad de Málaga, con el patrocinio de la Fundación Caja de Granada, ha editado, en Colección Sierra Nevada y La Alpujarra de su experta dirección, el vol. I del libro de Boissier con el título *Viaje Botánico al sur de España durante el año 1837*. La traducción ha sido realizada por Françoise Clementi y el estudio preliminar lo firma Manuel Pezzi que lo aprovecha para amonestar con sus prejuicios antitaurinos. Esta interesante colección la componen diferentes textos de geógrafos, geólogos, botánicos, etc. del siglo XIX que recorrieron Sierra Nevada y otras elevaciones de la Cordillera Penibética realizando investigaciones científicas. Charles Edmond Boissier nace en Ginebra (Suiza) en 1810. Fue alumno del famoso botánico De Candolle y, posteriormente, amplió sus estudios en París con Philip Barker Webb, el cual, había recorrido, en 1827, Andalucía. Resulta verosímil que Webb fuera quien despertase en el joven Boissier el interés por nuestra región. Gran viajero, recorrió un buen número de países, entre otros, Argelia, Egipto, Grecia, Siria, Australia, etc. Visitó España en varias ocasiones. Coleccionó uno de los mejores herbarios de Europa. Publicó un importante número de artículos y libros sobre botánica de diferentes regiones del planeta, varias de ellas sobre nuestro país. Murió en Vallegres en 1885.



Fig. nº 35.- Doré, Gustavo: Niños jugando al toro. Grabado.
(Apud.: Davilliers, 1988: I, 339).

Cordillera Penibética, la cual recorre herborizando, como él mismo señala, gran cantidad de plantas originales:

«Habiendo retornado a Ginebra, pasé el invierno de 1837 clasificando mi inmensa cosecha compuesta por más de 1.800 especies y más de 100.000 muestras. En la primavera de 1838 publiqué un *Elenchus*, que contenía las descripciones abreviadas de 200 especies y que un estudio preliminar me [las] había distinguido como nuevas» (Boissier, 1995: 2).

A pesar de su concentración sobre la flora penibética no olvida, sin embargo, hablarnos de la Guerra Carlista, del peligro de los caminos infestados de bandoleros, de las divisiones dentro del partido liberal que gobernaba a la sazón en Madrid, del estado de abandono de la ciencia en España, de las gentes con las que trata y de las costumbres que observa. Aquel 1837 fue un año particularmente tumultuoso en España: se suicidó Mariano José de Larra, ajusticiaron a Luís Candelas y se aprobó, el 22 de mayo, la Constitución Progresista, coincidiendo con la feria de Ronda. Quizás Boissier compartiera los tendidos con otro espectador de las corridas de ese año. Nos referimos al maestro Pedro Romero bajo cuyo recuerdo se convoca la actual feria de septiembre. A título de curiosidad, recordemos con el ínclito Natalio Rivasque el matador Pedro Romero alcanzó los 85 años de edad sin sentir los achaques de la decrepitud y murió ejemplar y cristianamente, tres años después, el 10 de febrero de 1839. Es posible que, por última vez, viera el gran maestro rondeño a su aventajado alumno de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, Francisco Montes *Paquiro*, desplegar todo su poderío sobre la plaza de la Real Maestranza de Ronda (Fig. nº 36).



Fig. nº 36.— Pedro Romero, Cobre, talla dulce, iluminada, 230 x 160 mms. Grabado por Devere. (Apud.: Carrete Parrondo y Martínez-Novillo, 1989: 125).

Pero dejemos a Charles Edmond describir sus impresiones y emitir sus opiniones sobre ese mayo de hace ciento cincuenta y ocho años:

«A punto de partir, directamente, de Estepona a Gibraltar a lo largo de la costa para visitar ese lugar antes de penetrar en la serranía, comarca fría donde la vegetación suele retrasarse mucho, cuando me enteré de que la feria de Ronda iba a empezar el día 21 de mayo y que sólo me quedaba el tiempo justo para llegar allí. Había oído hablar mucho de esta feria, auténtica fiesta para todos los andaluces, los cuales acuden desde una distancia de treinta leguas a la redonda; tenía curiosidad por ver sus célebres corridas y gozar del espectáculo de la proverbial animación que presentan, en estas fechas, la ciudad y sus alrededores. De modo que modifiqué mi primer itinerario y al día siguiente, de madrugada, me puse en camino hacia Ronda con un serrano que volvía a su casa dispuesto a conducirnos por los difíciles caminos que atraviesan la montaña...

Caía la noche cuando iniciamos el descenso por el lado de Ronda. Nuestro guía, contrabandista como cualquier serrano que se preciara y para quien cada piedra era un recuerdo, me hacía olvidar lo largo que era el camino narrándome sus expediciones durante las noches de invierno y los peligros que había tenido que sortear en estas montañas que cuando las cubre la nieve se vuelven ásperas, rocosas. Temí que nos fuéramos a perder [los unos de los otros], devorados por la oscuridad, ya que ninguna

otra señal nos guiaba en la fragosa e interminable pendiente cuando, por fin, divisamos, en la negrura de la noche, algunas luces y las viejas murallas ruinosas que protegen la cara oriental de Ronda [Fig. n° 37]. ¡Qué diferencia entre esta región salvaje que acabamos de cruzar y las bien iluminadas calles lle-



Fig. n° 37.— Vista aérea de Ronda (Málaga). En primer plano, el *tajo*; a su derecha el puente sobre el Guadalevín. Al fondo la Plaza de Toros. (Apud.: Carta postal).

nas de gente bulliciosa y alegre que esperaba con impaciencia el comienzo de las fiestas del día siguiente! Me preguntaba donde podría encontrar un alojamiento para descansar en una ciudad tan llena de forasteros. Encontrar sitio en las posadas parecía

imposible y lamentablemente debido a la precipitación con que había decidido el viaje no había podido, como en estos casos suele hacerse, reservar un alojamiento. Por suerte, encontré a unos conocidos de Málaga a los que expresé mis apuros los cuales, poco después, me instalaron en la casa de un honrado escribano quien, como la mayor parte de los rondños, alquilaba los aposentos disponibles en sus casas para la feria.

Ronda se halla situada a unos dos mil quinientos pies sobre el nivel del mar y, gracias a su altitud, goza de un aire fresco y sano; el calor nunca es excesivo y las plantas de las regiones cálidas, como el naranjo, la chumbera y la pita, no logran aclimatarse allí del todo. Las lilas aún estaban el 22 de mayo en flor en los jardines. El aspecto de la ciudad y de sus alrededores, por sí solo tan pintoresco, se vuelve más extraordinario aún, para quien como yo, llegué de noche y no contaba con la menor información acerca del sorprendente espectáculo que Ronda ofrecía a la vista. Al sur y al este, el horizonte está cerrado a poca distancia por unas montañas calizas y por las pendientes suaves por las que habíamos descendido la noche anterior. De este lado, el paisaje es agreste y salvaje y la ausencia de árboles hace parecer el paisaje a un trozo de sierra alpina; pero al volver hacia el suroeste, se encuentra uno, por sorpresa, al borde de un tajo vertical en la roca de más de setecientos pies de altura. La meseta sobre la que se erige la ciudad finaliza allí de una forma abrupta; esta

misma mesa calcárea está, a su vez, también, partida por un estrecho y profundo precipicio que divide la ciudad en dos partes y en el abismo, discurre un pequeño y rumoroso río, cuyas aguas se precipitan rápidas camino del valle. Es poible pasar de un lado a otro por un puente, atrevida construcción de los moros⁵, cuyas transparentes barandas de hierro permiten que la vista se hunda en el abismo. Los bordes del precipicio, o del *tajo*, como lo llaman en el país, están cubiertos por las casas de la ciudad y a su largo se extiende la Alameda, un paseo admirable plantado de álamos y otros árboles de sombra, desde donde se divisan los caprichosos meandros del cauce del río hasta que la mirada descansa, deliciosamente, sobre la paz vegetal del valle. Encantadores manchas de encinas, algunos jardines, unos molinos pintorescamente fundidos con la roca por debajo de los cuales el agua se precipita en mil saltos. En el horizonte, la serie de altitudes de la sierra entre las que destaca el pico de San Cristóbal. Un original paisaje sublime y original que queda, con trazos indelebles, grabado en la memoria. Así debió de ser el que inspiró a Le Tasse y le reveló las misteriosas relaciones que existen entre las bellezas de la naturaleza y las más sublimes creaciones del espíritu humano.

⁵ Nota del Editor.: El puente sobre el *tajo* no era obra de moros sino edificación ilustrada construida, en 1761, bajo la dirección del ingeniero militar José Martín Aldeguela.

Para ese tiempo, todo era vida y movimiento en Ronda; la extensa llanura al norte de la ciudad aparecía completamente cubierta por animales de distintas especies agrupados en pequeños rebaños como si fueran diminutos campamentos de algún pueblo nómada. Se distinguía, entre todos aquellos cuadrúpedos, unos bellos caballos andaluces, raza fogosa y elegante que proporciona los mejores corceles de parada. La afluencia de público, en las calles, era aún mayor. Los hombres, desde los contrabandistas a los serranos y desde los gaditanos a los sevillanos, estaban todos vestidos con el traje de *majo* [Figs. nº 38 y 39]: un buen español, no habría tolerado ponerse un traje a la francesa. Todos rivalizaban en elegancia y exhibían, ufanos, riqueza y colorido en torno a los adornos que llevaban bordados de su chaqueta. Incluso los ingleses, iban vestido a la española, sin embargo, su aspecto y sus andares proclamaban su verdadero origen. En largas alineaciones que contenían varias filas de puestos y tenderetes se vendían desde caramelos y juguetes de niños —por cierto, muy parecidos a los nuestros— hasta valiosas labores de orfebrería realizadas con metales preciosos. Por aquí, un guitarrista convocaba al público con el sonido de sus acordes, por allá, un prestidigitador ejecutaba sus juegos de manos; mientras que, por todas partes, se oía vocear a los aguadores así como el tintineo monótono de unas campanillas que anunciaban la proximidad de vendedores de lámparas y candiles.

Los feriantes, horas antes de comenzar la corrida, ya se agolpaban en la puerta de la plaza de toros, donde se disputaban las entradas para la función de la tarde. A pesar de su precio bastante elevado, media piastra⁶ para las localidades situadas en la planta superior y el doble para la inferior, la que se encontraba al mismo



Fig. nº 38.— *Majo y majas* de tiempos de *Pepe-Hillo*, por Tiépolo. Colmarqueses de Santa Cruz. (Apud.: Cossío, 1961, IV: 880).

⁶ N. del E.: las monedas de plata que circulaban en la época eran: el real, los dos reales, la peseta (cuatro reales), el medio duro (diez reales) y el duro (veinte reales). El duro tomaba varios nombres como dolar español o peso fuerte, este último se llamaba así para distinguirlo del peso imaginario o *piastra* que sólo valía quince reales. El peso imaginario o *piastra*, a pesar de ser una moneda ficticia, regulaba el cambio vigente para las principales ciudades de Europa y solía anunciarse, dicho cambio, en todos los periódicos españoles.

nivel de la arena del combate, nadie dudaba: el serrano más pobre hubiera preferido vender hasta su última camisa antes de perderse el espectáculo de la corrida. La lidia debía empezar a las cuatro y, ya antes de las tres, todas las localidades situadas a la sombra estaban ocupadas. Se considera a la Plaza de Ronda una de las mayores y más bellas de España ; es propiedad de la Maestranza, es decir al cuerpo de la nobleza de Ronda, que la repara y la alquila cada año al empresario de las corridas. Un pórtico circular de dos plantas sostenido por una doble fila de columnas abraza por completo el ruedo; cada planta contiene un anfiteatro de gradas y la baja está separada del terreno de convate por un callejón y una resistente barrera de madera de unos cinco pies de alto. El edificio tendría un aforo capaz para unas cinco o seis mil personas. Es difícil hacerse una idea de la alegría y de la impaciencia que dominaban a esta multitud. Los jóvenes se agrupaban por pueblos; los oriundos de Málaga eran los más numerosos y, sin duda, los más turbulentos. Gritaban, se gastaban bromas entre ellos y también se las hacían a los otros, mientras saludaban a las mujeres con los cumplidos, un tanto groseros, propios de los andaluces; cantaban aires populares al ritmo de las varas⁷, que eran unos largos, bastones blancos

⁷ N. del E.: Richard Ford lo describe de la siguiente manera: «El bastón del *majo* elegante, cuando va a la corrida, es *sui géneris*. Se llama *la chivata*; tiene de cuatro a cinco pies de longitud, va agudizándose y termina en un nudo o bulto, mientras que la parte superior se bifurca y es allí donde se mete el dedo gordo. Esta *chivata* se talla, como la vara de Labán, en anillos alternos, blancos y negros o rojos». Añade Ford: «los toros blandos reciben buenos palos, provenientes de verdaderos bosques de bastones, cuando pasan junto a las tablas» (R. Ford, 1980: 80).



Fig. nº 39.— Doré Gustavo: *Contrabandista de Ronda y su "maja"*. Grabado. (Apud.: Davilliers, 1988: I, 343).

desollados y accesorio obligado del traje corto. De repente se estableció un silencio expectante, un pequeño destacamento de soldados acababa de entrar en la arena, numerosos vigilantes ocupaban plazas a lo largo del callejón para impedir que el público circulase por el ruedo o bajase de las localidades que, desde ese momento, estaba terminantemente prohibido pisarlo.



Fig. nº 40.- *Puerta de Cuadrillas* de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Ronda. (Apud.: Carta postal).

La escena siguiente constituyó la ceremonia y escenificación escrupulosa y brillante de un simulacro de antigua caballería: allí todos los usos de guerra están celosamente conservados. Los toreros hicieron su entrada al son de una música militar, iban vestidos con trajes de luces, al hombre un capote de paseo de color escarlata, y el pelo recogido en la nuca en una especie de moño; se aproximaron

ordenadamente hasta detenerse bajo el palco que se hallaba ocupado por los representantes de la Maestranza, los toreros saludaron, y acto seguido se dispersaron por el ruedo. Le seguían los tres picadores montados a caballo empuñando una pica, seme-



Fig. n° 41.— Puerta principal de la Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Ronda. (Apud.: Carta portal).

jante a una lanza, y con la cabeza cubierta con un enorme sombrero plano. Un momento palpitante de interés precedió a la apertura de una pequeña puerta que dio paso a un toro que se lanzó al combate, la

cabeza baja, echando fuego por los ojos, mientras se golpeaba con la cola sus flancos y levanta la arena con sus inquietas pezuñas. Al divisar el caballo, primero duda, pero en seguida carga sobre él y, con sus cuernos, lo levanta. El jinete se afirma sobre sus estribos intentando parar el animal con su lanza. A veces lo consigue pero tal es la fuerza del choque que los dos antagonistas retroceden cada uno unos pasos y, a menudo, como el hierro de la lanza es demasiado corto, resbala el palo por la mano del picador, y el toro alcanza de lleno al caballo, le clava los cuernos en el vientre hasta derribarlo. Los chulos entran en acción con el cometido de dar tiempo al picador para levantar y para ello distraen la atención del animal furioso. Nunca he logrado entender cómo es posible que se encuentren hombres que quieran y sean, a la vez, capaces de ejercer este arriesgado oficio de picador puesto que; a pesar de su gran habilidad y mucha fortaleza, no sólo acaban, siempre, por el suelo, derribados de sus corceles sino que, además y por si fuera poco, éstos les ocurre unas cuantas veces en el transcurso de una corrida. Los picadores se exponen tanto que, en cualquier momento, sus piernas pueden verse aprisionadas bajo el peso de sus propias cabalgaduras y quedar a merced del toro por eso, muchos de ellos, vierten su sangre víctimas de feroces cornadas. En cuanto al caballo, si sucumbe en este primer asalto, lo dejan ahí, en el suelo, muerto, y hacen entrar otro de repuesto en el ruedo; pero en el caso de que al jamel-

go le quedaran fuerzas para levantarse, el jinete, sin más, volvería, como si tal cosa, a montarlo. Estos pobres animales cuando son heridos por el asta terrible de los toros recorren patéticamente el ruedo perdiendo sangre por unas horribles heridas hasta que una nueva embestida del toro bravo logra poner fin al lamentable espectáculo de su agonía.

Pero es preciso apartar la vista de tan horrible espectáculo y dirigirla, una vez más, sobre las habilidosas intervenciones de los chulos, los cuales, citan y excitan, cada cual a su manera, al toro, mientras que éste, se lanza con una veloz carrera a la persecución de aquellos los cuales, cuando se ven demasiado acorralados, llegan en su huida, incluso, a saltar, haciendo gala de una flexibilidad y una agilidad asombrosas. Unos, sujetan la capa por detrás y dan un salto de súbito cuando el toro está a punto de darles alcance de modo que la formidable cornada sólo desgarrar la ligera tela; otros, tomando la capa cada uno de un extremo, dejan pasar el animal entre ellos al levantar los brazos⁸; algunos, incluso, llegan a saltar por encima de los cuernos (Figs. n° 6 y 7). Las corridas de toros si quedaran reducidas a estos ejercicios de los chulos, sin duda, ganarían en todos los aspectos; pero la gente del país, que valora sobre

⁸ N. del E.: Esta suerte se llama *al alimón*, consiste en que dos lidiadores, asiendo cada cual de uno de los extremos de un sólo capote, citan al toro y lo burlan, pasándole aquel por encima de la cabeza.

todo la presencia de lo sangriento y de lo inhumano, no aprobaría, en absoluto, el mencionado cambio⁹.

Pasado un tiempo el toro comienza a cansarse, ya no recorre furiosamente la arena sino que se aproxima a la barrera donde se queda aculado contra las tablas; a partir de ese momento el toro pasará a la defensiva. Quiere decir que ha llegado el momento de acabar con él: el matador se aproxima ante la presidencia que, en este caso, ostenta la Maestranza y solicita la autorización para matarlo¹⁰. Inmediatamente, vuelve al toro, se coloca delante de sus peligrosas astas, coge su capa [sic] con una mano y, con la otra, monta su largo estoque dispuesto a hundirlo en el cuerpo del animal. Esta tarea no es fácil de realizar. Exige, primero, un gran conocimiento técnico de su ejecución técnica así como del comportamiento y de querencias o inclinaciones del animal. Si el toro es del tipo que llaman *boyante*, es decir, si a su comportamiento le une la impetuosidad con la nobleza, hallándose, por tanto, desprovisto de astucia, el matador sólo tiene que echarse a un lado cuando el toro cargue sobre

⁹ N. del E.: Esta es, a mi entender, una afirmación sorprendente pero interesantísima: al fin y al cabo, el botánico suizo no hace sino prefigurar lo que llegara a ser la corrida moderna: el triunfo de los hombres a peón.

¹⁰ N. del E.: A pesar de que las Maestranzas de Ronda y Sevilla arrendaban las corridas de toros a un empresario o matador, debido a sendos privilegios reales por los que tenían autorización para celebrar corridas de toros (privilegios del cual gozan en la actualidad), también, las presidían. El triunfo posterior de la burguesía supuso la expropiación de ese ejercicio que pasó al responsable estatal del orden público: por eso suele presidirlos un comisario de policía.

él, al tiempo que dirige la punta de la espada a la cruz del animal donde, si ejecuta con precisión los movimientos, la clavará hasta la empuñadura. Hay otros tipos de toros mucho más peligrosos a la hora de matarlos; son aquellos que sin llegar a tomar, claramente, la ofensiva, se quedan inmóviles mirando fijamente a su adversario; si se intenta un ataque precipitado se corre el riesgo de ser atravesado de una cornada y si, por otro lado, la situación se alarga, el público se impacienta y prodiga al desgraciado matador los reproches y epítetos más ultrajantes¹¹. Habitualmente, es un espada de renombre el que está encargado de esta función o *suerte*, a la cual se considera la más importante de todas. El nombre de este famoso *espada* se anuncia en letras grandes en el cartel que se coloca en los muros de la ciudad para atraer al público, como lo haría un Lablache o un Rubini¹², y cuando cede su

¹¹ N. del E.: Parece claro que el autor, en primer lugar, describe una estocada recibiendo y, a continuación, las dificultades que presentaba un toro que no fuera franco a la hora de ponerlo en suerte de matar. Como se sabe, son tres las formas de ejecutar la suerte de la muerte: recibiendo, al encuentro y al volapié. Esta última es la más moderna, ideada por Costillares para acabar lo antes posible con los toros sin embestida. Esta estocada ha terminado por imponerse. Por el contrario, en las fechas en que Boissier viaja por España, la suerte recibiendo era, normalmente, la más utilizada.

¹² N. del E.: Luis Lablache, cantante de ópera italiano, nacido en Nápoles (1794-1858). En 1817 hace su presentación en la Scala de Milán, su hermosa voz de bajo produjo una explosión de entusiasmo en el entendido público y desde entonces recorrió Europa triunfalmente sin conocer rival. Juan Bautista Rubini, tenor italiano nacido y muerto en Roma (1795-1854). Recorrió los principales teatros de ópera europeo con gran éxito. El zar de Rusia, encantado con su voz, lo nombró coronel del ejército y director general de canto. Se retiró en posesión de una inestimable fortuna y en plenitud de facultades en 1844.

puesto a un suplente, aunque sólo fuera para matar una sola vez, se produce un disgusto en el público espectador, mientras se eleva un murmullo general de protesta. En Ronda teníamos como matador nada menos que al célebre Montes¹³, considerado como la primera espada de España, así como la gloria de la tauromaquia; su fama había contribuido, poderosamente, a la recuperación del entusiasmo por la fiesta, atrayendo a las corridas una afluencia considerable de gente¹⁴. Aquella tarde Paquiro acabó con todos los toros que tenía que matar con una destreza magistral, haciéndolo, por eso mismo, bajo el continuo fragor de entusiastas aplausos .

En la corrida, que duró más de tres horas, se sacrificaron seis toros y murieron una decena de caballos. El público cuando salió de la plaza, una vez concluida la corrida, seguía comentando y discutiendo con vehemencia las incidencias de la lidia, a la vez que tomaba apasionadamente partido por el mérito de cada lidiador. Ni un solo torero fue herido aquella tarde. Y

¹³ N. del E.: José María de Cossío nos da las siguiente información sobre *Paquiro* en el año 1837: «apareciendo, pues, Montes, no sólo era, como matador, el más eminente en su arte sino que, también, destacó como legislador y reformador del toreo, alcanzando con ello, el máximo prestigio al que, hasta entonces, había podido aspirar un profesional. Ya en estos años había planteado Montes ante las empresas la pretensión, siempre espinosa, de la prioridad en la alternativa. Sin duda, por cuestiones de esta naturaleza, fracasa su contrato en la temporada de primavera en Madrid en 1837, no apareciendo en la plaza de la corte hasta la décimo tercera media corrida celebrada el 4 de septiembre» (Cossío. 1969: III, 631 a).

¹⁴ N. del E.: Este comportamiento colectivo parece haber sido una constante en España. Son los grandes toreros los que han llevado público a los cosos.

me atrevería a decir que lo sentí por lo odioso y cobarde que me parecía este desigual combate. En la lidia de toros se enfrentan, de un lado y, ventajosamente, un grupo de hombres aguerridos y avezados que casi no corren peligro pues se hallan dotados de técnicas de combate que les permiten gozar de la mínima exposición y, de otro, un pobre animal, de antemano condenado a muerte y sin apelación posible, que va siendo lentamente torturado hasta su aniquilación final.

No pueden hacerse una idea, ni aproximada, hasta qué punto la pasión por este espectáculo está generalizada en España; en su descargo y para la honra de los españoles, hay que añadir que, una buena parte de ellos se avergüenza por lo que considera los residuos de una antigua pero indigna barbarie de una nación civilizada y lamentan que esta cruel diversión familiarice, aun más, con lo sangriento a un pueblo ya, de por sí, bastante acostumbrado.

La desaparición de las corridas de toros es hoy día un hecho poco probable. Estas celebraciones se rodean hoy día de una gran solemnidad siendo, en muchas ocasiones, anunciadas en nombre de la Reina, con el permiso de la autoridad y bajo su presencia y patrocinio. La lidia de los toros está considerada en España como un arte que se ha ido depurando a lo largo del tiempo y sometiendo a unas reglas precisas y determinadas¹⁵. El difunto rey

¹⁵ N. del E.: nos parece muy interesante que el suizo Boissier recoja esta opinión; sin duda, el esfuerzo codificador de los toreros, desde Pepe-Hillo,

Fernando, incondicional aficionado a la fiesta, instituyó en Sevilla una Escuela de Tauromaquia para formar toreros que quizás hoy todavía subsista¹⁶. Se han editado varios tratados sobre esta materia y durante mi viaje han publicado otro titulado: *Tauromaquia*¹⁷ que ha sido redactado bajo la supervisión del propio Francisco Montes [Fig. nº 42]. En el prefacio se justifica el espectáculo, en mi opinión, de una manera un tanto ingenua. La obra está llena de erudición y repleta de terminos técnicos.

Disgustado por la visión de tanta sangre, no asistí a la función del día siguiente, pero mi curiosidad me llevó más tarde a presenciar la capea, una representación burlesca de la fiesta en la que toma parte activa el público y que, igual que un sainete, pone punto final a las corridas. En aquella ocasión, mientras que la gente circulaba, libre y sin preocupa-

obra en ese sentido: equiparar la profesión de matador a la de otros artesanos de la época –carpinteros, pintores, plateros, etc.–, dotarse de unas ordenanzas e identificarse lo más posible, como profesión organizada, a cualquier gremio: se trataba de dignificar el ejercicio de la lidia de toros.

¹⁶ N. del E.: Suprimida por Real Orden de 15 de marzo de 1834. La Tauromaquia se incluye actualmente como asignatura optativa en Institutos de Enseñanza Media de Sevilla y su provincia. Se realiza esta actividad, a través, del *Aula Taurina* que dirige Rafael Puerto y están financiados por la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

¹⁷ N. del E.: *Tauromaquia completa, o sea, el arte de torear en plaza tanto a pie como a caballo, escrita por el célebre lidiador Francisco Montes y dispuesta y corregida por el editor* [1836] (Ed. de A. González Troyano, Madrid, Turner, 1994 (2ª ed.)).



Fig. nº 42.- Francisco Montes, *Paquiro*, por Ángel Lizcano.
(Apud.: Claramunt, 1989: 264).

ciones, por el ruedo, soltaron, de súbito, unos toros muy jóvenes –novillos– que, debido a su escasa edad y menor experiencia, presentaban menos peligro y dado que suelen ocasionar menos daño se prestan más al juego que al combate. Estos juegos populares con los toros se hallan firmemente instalados en la sangre de los españoles, los cuales, se hallan habituados, desde pequeños, a sortear limpiamente la embestida de los animales pero cuando los extranjeros se prestan a participar en el mismo no suelen salir tan bien parados¹⁸. Todavía tengo en el recuerdo a un pobre viajante de comercio francés que tuvo la osadía de bajar, con mucha decisión, al ruedo; algunos bromistas, con el pretexto de explicarle el funcionamiento del espectáculo, lo colocaron traidoramente en el terreno del novillo y no pasó mucho tiempo cuando lo vimos rodar por los suelos para la diversión de todos. Más tarde llegaron dos gitanas vestidas de amazonas, las subieron con gran dificultad sobre sus cabalgaduras, y se aprestaron a representar el papel de picadoras. Después hicieron entrar en el ruedo un toro embolado, es decir, provistos de bolas de madera en las extremidades de las astas, con el propósito de disminuir el

¹⁸ N. del E.: Está claro que, como Boissier lo reconoce, las *capeas* constituyen un juego que pertenece al dominio de la cultura popular autóctona. Los españoles siempre tuvieron una relación familiar con toros, lo que les hace comportarse, en el encierro o la capea, de forma convenida. Cuando los extranjeros entran en fiestas (Pamplona, Arcos de la Frontera, Estella, Vejer, etc.) al carecer de nuestro trato cultural con el toro sufren lamentables percances ¡Mas porque se caiga de la moto quien no sepa montarla no se va a prohibir su fabricación!

peligro. Estas precauciones no evitaban que, a cada embestida de la fiera, las dos hermosas amazonas rodasen por el suelo, entre las risas y burlas de los profesionales que las asistían, los cuales, después de darles grandes vasos de agua, las animaban a continuar y las ayudaban a montar de nuevo. Una tercera gitana, aparentemente borracha de aguardiente, debía matar al toro embolado a la manera habitual de un matador, pero tuvo que desistir tras ser arrollada, rodando por el suelo, en varias ocasiones.



Fig. nº 43.- *La calle de San Carlos en el Siglo XIX; a la derecha la Plaza de Toros de Ronda.* (Garrido, 1985: 35).

Finalizadas las fiestas, la multitud fué abandonando la ciudad poco a poco. Personalmente prefería esta soledad que armonizaba mucho mejor con el carácter romántico del paisaje rondeño... Durante mi estancia en la ciudad concebí la idea de escalar la Sierra de la Nieve, una de las montañas más alta de

los alrededores, y que se encuentra a sólo dos leguas en la dirección de Málaga. Sin embargo, una inoportuna indisposición me hizo perder unos días y como, por otra parte, el tiempo me apremiaba tuve que tomar el camino de vuelta hacia Gibraltar. Durante toda la noche, antes de la partida, cayó una fina lluvia que había dejado gotas de agua en las malezas y los arbustos: al alba, con los primeros rayos del sol, las hojas se iluminaban y todo el campo se vestía de un verde resplandeciente. Ya fuera de Ronda, volvimos a subir las pendientes suaves que rodean la ciudad por el sur. Después de una hora de marcha, volvimos el rostro a Ronda para darle el último adiós: allí, en lontananza, quedaba bañada de luz, eternamente asomada al borde de su *tajo*» (Boissier, 1839: I, 45-70).

BIBLIOGRAFÍA.

Bergamín, José [1930] (1985): *El Arte del Birlibirloque*, Madrid, Turner.

Boissier, Charles Edmond (1839-1845): *Voyage Botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837*, Paris, Gide et Cie, 2 vls.).

Boissier, Charles Edmond (1995): *Viaje botánico al sur de España durante el año 1837*, Granada, Universidad de Málaga/Fundación Caja de Granada.

De Cossío, José María (1969). *Los Toros. Tratado técnico e histórico*. Madrid, Espasa-Calpe.

Davillier, Barón Charles y Doré, Gustavo [1862-1873] (1988): *Viaje por España*, Madrid, Grech.

Estébanez Calderón, Serafín (1985): *Escenas andaluzas*, Madrid, Ed. de A. González Troyano, Cátedra.

Ford, Richard [1845] (1980): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa, Reino de Granada*, Madrid, Turner.

Ford, Richard [1845] (1980): *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa, Reino de Sevilla*, Madrid, Turner.

Ford, Richard [1845] (1988): *Manual para viajeros por España y lectores en casa. Observaciones generales*, Madrid, Turner.

García-Baquero, A.; Romero de Solís, P. y Vázquez Parladé, I. [1980] (1994): *Sevilla y la Fiesta de los toros*, Sevilla, Ayuntamiento.

García Mercadal, José (1962): *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar.

Garrido Domínguez, Francisco (1985): *La Plaza de toros de la Real Maestranza de Ronda*, Ronda, Real Maestranza de Caballería de Ronda.

Luján, Néstor [1954] (1993): *Historia del toreo*, Barcelona, Ediciones Destino.

Montes, Paquiro, F., [1836] (1994): *Tauromaquia completa, o sea, el arte de torear en plaza tanto a pie como a caballo, escrita por el célebre lidiador Francisco Montes y dispuesta y corrégida escrupolosamente por el editor*, Madrid, Ed. de A. González Troyano, Turner.

Rivas, Natalio [1946] (1987): *Toreros del Romanticismo. Anecdotario taurino*, Madrid, Aguilar.

Sánchez Neira, José [1880] (1988): *El Toreo. Gran diccionario tauromáquico*, Madrid, Turner.

Willkomm, Moritz [1882] (1993): *Las sierras de Granada*, Granada, Fundación Caja de Granada.

